

principal se sitúa en el siglo VI y afectó a otras áreas del Mediterráneo. En cuanto al segundo ejemplo, la vida religiosa griega en la edad arcaica giraba fundamentalmente en torno a Apolo, al cual Domínguez Monedero se refiere tan sólo en cuanto a la participación del santuario de Delfos en la colonización. Pero Apolo significa mucho más, ya que es el auténtico centro de la religiosidad nacional y por tanto creador de ideologías y garante del orden aristocrático constituido. Por la misma razón, adquieren también señalada importancia otros cultos opuestos al de Apolo, aquellos que ofrecían una salida a la excesivamente rígida religión ciudadana y que encontraron en Dionysos a su principal portavoz, utilizado como bandera política por más de un tirano. Esta oposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco significa una de las relaciones más fecundas de todo el arcaísmo griego y se encuentra, como ya acertó a definir F. Nietzsche, en la misma base de la civilización helénica.

A pesar de estas pequeñas observaciones, y teniendo en cuenta que parece obligación del recensor señalar más los aspectos negativos, nadie que lea el libro puede negar que en líneas generales tiene entre las manos una buena historia de Grecia arcaica. Se podrá o no estar de acuerdo con el planteamiento elegido, algo siempre discutible, o con determinadas posturas a propósito de hechos concretos, que por referirse a una época primitiva estarán sujetos a controversia. Pero lo que resulta innegable es que nos encontramos ante una obra bien razonada, magníficamente documentada y que recoge tendencias muy recientes en la investigación: por tanto, bienvenida sea.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA
(Universidad Complutense)

Victor D. HANSON (Ed.). *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience*, (London-New York), Routledge, 1991. 286 pp.

El libro que encontramos tras la siempre atractiva portada de la editorial Routledge («Leónidas en las Termópilas» cuadro de David) está formado por un conjunto de ensayos que tienen como base el estudio de los hoplitas en época arcaica y clásica, precisamente cuando el combate hoplítico tuvo su máximo auge.

El director y editor de la obra es Victor D. Hanson, profesor de Clásicas en la Universidad de Fresno (California), autor de diversos libros y artículos sobre el arte militar griego, quien cuenta en esta ocasión con otros ocho destacados especialistas en esta misma materia. Cada uno en su respectivo ensayo realiza un estudio de aspectos diferentes del mundo hoplítico, pero siempre desde el punto de vista de los propios soldados que luchaban en su consideración de ciudadanos de una polis. El hoplita por naturaleza es un soldado de infantería, formado en falanges, y tácticamente lento, por lo que la atención se va a centrar casi exclusivamente en las fuerzas de infantería, haciendo sólo mención esporádica a otros cuerpos militares como «Híppies», «peltastas», mercenarios, etc., que si bien combatieron al lado de los hoplitas, no son tales.

Como el propio editor indica en el prefacio se diferencia de la también colección de ensayos dirigidas por J. P. Vernant: *Problèmes de la guerre en Grèce Ancienne*, Paris 1968, en que ahora el protagonista es el hombre, el hoplita que verda-

deramente «es el que lucha, hiera, mata y muere». Este es el hilo conductor de las tres partes en que se divide el libro, dejando un poco de lado estrategias ofensivas y defensivas, tácticas (aspecto básicamente simple), y demás situaciones de la sociología militar que ya han sido ampliamente tratados (G. T. Griffith: *The mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge 1955; H. W. Parke: *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford 1933; W. K. Pritchett: *The Greek State at War*, Berkeley 1971-1989 4 volúmenes), a lo que se sumaría el hecho de que el armamento hoplítico siempre se ha visto como mero resto arqueológico (A. M. Snodgrass: *Arms and Armour of the Greeks*, Ithaca 1967), o desde una perspectiva artística (M. L. Lazzarini: «Le formule delle dediche votive nella Grecia arcaica», *Memoria della Classe di Scienza morale e storica dell'Accademia dei Lincei* 19, Roma 1976, 47-354), sin profundizar en su carácter funcional.

Se pretende estudiar lo «ordinario» para llegar a lo «extraordinario» desde diferentes puntos de vista (arqueológico, epigráfico, lingüístico) y hacer, a su vez, estudios de campo, prosopográficos, etc., que abordan todos los órdenes de la vida: sexualidad, riqueza, alimentación, problemas sociales... El denominador común es el análisis del hoplita como ciudadano, como pequeño propietario que integra la infantería en la mayor parte de las poleis griegas.

Para ello la propia obra tiene establecidos unos límites cronológicos que abarcan desde los inicios del siglo VI a.C. hasta la victoria de Filipo de Macedonia en Queronea en 338 a.C. La primera fecha marca el comienzo del mundo hoplítico con la formación de la panoplia propia del hoplita y la revolución ciudadana que supone el paso de una sociedad eminentemente agrícola a otra urbana, que a su vez fue alentada por la aparición de diversas tiranías (la primera batalla en donde se utilizó la táctica hoplítica, la de Hisias en 669 a.C., fue presidida por el dominio táctico del tirano Fidón de Argos). Asimismo, la irrupción de Macedonia en el mundo helenístico supuso el cambio profundo del soldado y de las tácticas militares griegas, que si bien ya habían sido atisbadas con la utilización del «Batallón Sagrado» tebano, no será hasta Alejandro cuando se produzca la ruptura definitiva con la época anterior.

Los nueve ensayos aparecen divididos en tres partes temáticas. La primera se refiere al equipamiento del hoplita, entendiéndose por éste no sólo las armas y la tecnología, sino también algo tan curioso como la identificación de los muertos tras la batalla. J. K. Anderson realiza la descripción de las armas del hoplita a partir de la comparación del héroe homérico para lo que se basa, por una parte, en los textos del propio Homero (*Ilíada*), y por otra en obras de Tirteo, Heródoto y Jenofonte. El artículo de P. Vaughn trata sobre la difícil identificación del hoplita caído en el campo de batalla para el posterior entierro, una necesidad obligatoria que reconfortaba a los soldados al conocer el tributo y homenaje que se les dispensaría en caso de encontrar la muerte luchando. Dicha identificación no resultaba habitualmente fácil: había que solicitar el permiso de los vencedores, los cuerpos se devolvían desnudos, la rápida descomposición de los cadáveres en verano y la sangre que en el mismo podía haber, y las heridas en las zonas desprotegidas de la cabeza. Victor D. Hanson aporta en su trabajo la idea de que la panoplia hoplita fue conformándose a lo largo de un amplio período de tiempo que iría desde aproximadamente el 725 hasta el 675 a.C., espacio temporal que sería paralelo a la introducción de la táctica de la falange que coincidió con la revolución ciudadana sufrida por las poleis griegas, puesta de manifiesto por Hesiodo, Tirteo y Alcman.

La segunda parte tiene como núcleo todo lo que rodea a la batalla en sí misma. J. Lazemby hace un resumen a la vez que una ampliación de una anterior obra suya (*The Spartan Army*, Warmister 1985), por lo que ahora el protagonista no sólo será Esparta sino que conoceremos la composición y tácticas del ejército hoplita de otras ciudades griegas. P. Krentz nos acerca a las situaciones de alarma, comunicaciones y vigías que se utilizaron durante los enfrentamientos militares. E. L. Wheeler aborda la personalidad del general, no como estrategia militar sino como hoplita, como un componente más que debe dar ejemplo en la batalla, lo que conducirá a que muchos de ellos encuentren la muerte durante el combate: Pelópidas, Lisandro, Epaminondas, Brásidas, Cleómbroto.

La tercera y última parte se detiene en analizar las «reglas del juego» entendidas como características sustanciales del combate hoplítico conocidas y respetadas por ambos lados. Este aspecto queda muy bien entendido en el ensayo de J. Ober sobre los obstáculos, muy pocos utilizados hasta época helenística al considerarse que el combate debía ser un reto entre dos ejércitos posicionados justo de frente en una llanura; por ello hasta el siglo IV a.C. no se usarán los obstáculos naturales para impedir el avance de un ejército invasor. Además, las técnicas de asalto evolucionaron muy poco en época clásica y resultaba casi imposible asaltar los muros de una ciudad. Es el *agón* hoplita como sistema de lucha. M. H. Jamenson trabaja en el ámbito de los sacrificios realizados desde el momento mismo de emprender una campaña, al cruzar una frontera, antes de luchar, al vencer, etc., distinguiendo entre los *hierá* y *sphágia*. Para finalizar A.H. Jackson estudia las relaciones entre los hoplitas y los dioses, a quienes se encomendaban en los momentos previos al combate y se les agradecía su favor tras la victoria. La dedicación de la panoplia hoplítica como trofeos de guerra expuestos en los templos de las poleis e incluso en los santuarios panhelénicos constituían mucho más que un simple espectáculo.

Por todo ello la intención de la presente colección de ensayos es proporcionar una alternativa a los estudios sobre la guerra en Grecia. Este es el espíritu que encontramos tanto en el prólogo como en el epílogo del libro, ambos del editor Victor D. Hanson. En cuanto al aspecto formal de la obra, aparte de su cuidada presentación, se encuentra precedida por una relación de las principales batallas hoplíticas en época arcaica y clásica, desde Hisias hasta Queronea (página X). Es de agradecer que se adjunten unos útiles índices: el general (páginas 263-271), terminología militar (páginas 272-273) y fuentes citadas (páginas 274-286). Junto a ello destaca la amplitud de las notas que se encuentran al final de cada capítulo que llegan en algunos hasta las dieciséis páginas, como ocurre con el sexto (páginas 154-170), cualidad siempre interesante en nuestra opinión, mientras no resulten innecesarias o abusivas. Finalmente se establece una selecta bibliografía sobre temas militares que consideramos de gran ayuda para ampliar los temas tratados. Aún así se hecha de menos una mayor presencia de ilustraciones ya que sólo se dedican a ellas tres páginas (218, 231, 234). Se podría haber recurrido a la exposición iconográfica o de reconstrucciones que facilitasen una mejor comprensión del texto, como sí hacen los numerosos ejemplos que son una constante de principio a fin en esta obra. Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Tirteo y demás autores antiguos refuerzan con sus testimonios los argumentos de los investigadores que colaboran en la presente colección de ensayos.

En definitiva, es de agradecer la publicación de una obra con estas características que nos permite conocer el mundo que rodeó al hoplita desde otras perspec-

tivas no tratada normalmente hasta la actualidad. Es cierto que hay algunos antecedentes dignos de mención (P. Cartledge: «Hoplites and heroes: Sparta's contribution to the technique of ancient warfare», *JHS* 97 (1977), 11-23; J. Lazenby: *The Spartan Army*, Warmister 1985; Charles D. Hamilton: *Sparta's Bitter Victories*, Itaca 1979), pero en esta obra se tratan de manera monográfica distintas facetas del hoplita como individuo protagonista de los enfrentamientos armados, lo que a su vez sirve de tema de enlace a todos los ensayos. A pesar de ello el tema no se agota, sino que queda abierto a ulteriores estudios de aspectos sobre la vida de estos personajes dentro de las compartidas pautas marcadas por el profesor Víctor D. Hanson, como serían la alimentación, el vestido o sus costumbres como ciudadanos.

César FORNIS y Juan Miguel CASILLAS
(Universidad Complutense, Madrid)

A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia arcaica: interacción y aculturación*, Oxford, B.A.R. (International Series, 549), 1989, 2 vols., 780 pp. [ISBN 0 8605 4 696 9].

El autor pretende y consigue, según dice esperar en la declaración final, p. 612, «rescatar algo del carácter de la cultura griega arcaica, tal y como se manifestó en sus relaciones con las poblaciones no griegas, en el mundo griego de la isla de Sicilia».

Para llegar a ello, tras un primer capítulo general sobre la Sicilia prehelénica y los inicios de la colonización griega en la isla, el gran bloque del libro, capítulos II-IV, está formado por una serie de estudios independientes sobre las ciudades y su *chora*. La base documental se basa en la arqueología, pero el punto de partida interpretativo siempre tiene lugar desde los textos transmitidos en la literatura historiográfica y geográfica: Tucídides, Diodoro, Estrabón. Entre los elementos que constantemente se tienen en cuenta está la posible existencia de una ocupación precolonial, micénica o procedente del pasado inmediato, como modo de articular la realidad y las posibles tradiciones legendarias, siempre con el objetivo positivo de encontrar las realidades donde estén, sea cual fuere el medio, a través de la crítica. Nada más lejos de A.J.D. que el espíritu escéptico e hipercrítico que caracteriza tantos estudios sobre este tema, método infalible para cerrarse el paso hacia el conocimiento del pretérito humano, hacia las posibilidades de comprender el difícil período de la transición en que las realidades sólo pueden reflejarse a través de modos de comprensión intelectual que para la mentalidad postcartesiana son necesariamente irracionales. O se estudian críticamente o se renuncia a conocer todo el pasado histórico que no haya sido capaz de expresarse por los mismos medios que el hombre moderno.

El objetivo del trabajo, explícito, se define en la comprensión de las relaciones entre griegos e indígenas. La conclusión fundamental sería la de que, en cada caso, los griegos actúan de modo diferente, de acuerdo con factores y circunstancias muy variadas. Desplazamiento, sumisión, integración o eliminación son formas que responden a lo concreto de la historia. El autor se debate entre un cierto pacifismo tendencial, contra el que protesta en p. 641, y el intento de comprender la